

Por mucho tiempo guardé un viejo pantalón blanco con un remiendo en una de sus piernas. Era de hilos blancos de algodón en fino urdimbre realizado por mi madre. Cuando vio el agujero, me dijo casi sin pensarlo: "quítate eso, que te lo voy a coser".

Yo la observé detenidamente en tan laboriosa tarea y me llegó hasta el alma su amoroso cuidado. Me dejé llevar por sus manos en cada viaje con la aguja y el hilo, como atrapado en insolubles lazos de amor. Cuando terminó, me sonreía con satisfacción.

Después, cuando lo necesitaba, ponía mis dedos sobre el tejido que ella hizo para sentir lo amable e indispensable de su amor.

Ay, si pudiera ahora remendar mi alma con tan delicadas manos y ese milagroso hilo de su comprensión.

El susto le duró mucho rato. Se tomó un té de manzanilla muy dulce y lo comentó en el vecindario. Mi madre estaba embarazada y su niño gritó. Desde el vientre, con mucha fuerza y muy claro. "Es una buena señal", le dijeron para calmarla. Obviamente, de eso yo no me acuerdo. Meses después, antes del año, un día lleno de sol, desde mi carretilla o andador, con la misma fuerza les grité: "¡Cállen - se!", ante la sorpresa de mis hermanas y sus amigas que jugaban con gran algarabía dentro de la casa, sumándose las gallinas y el perro. Todos se rieron y festejaron la ocurrencia y la casualidad. Casi tres años correspondí a tal afrenta, enmudecido. Hasta que se hizo el milagro que después colgaba de un hilito rojo en forma de lengua, en el marco del Santo Niño de Atocha. Rayos, lo que pocos saben es que todavía me angustio cuando tengo que hablar... porque bien, lo que se dice bien, no lo hago.

CUANDO LA HUMEDAD LLEGABA...

Cuando la humedad llegaba, inundaba hasta nuestras conversaciones: "Va a llover", al tiempo que las nubes borbaban con sus grises nuestras sombras. Afuera, el paisaje se metía hasta el patio. Entonces, los árboles frutales y el jardín de mi madre, aguardaban las primeras y todas las gotas de lluvia, disponiéndose como en un amoroso acoplamiento. Se agudizaban mis oídos y oía el aguacero aún a varios kilómetros. Se iba incrementando su sonido de tiempo en tiempo como en un concierto. Primero un leve zumbido, como de abejas. Después un cerrado rumor que parecía provenir de millones de gargantas en resurrección. Y cuando cubría todas las hojas, el cielo se caía para bañar de sudor todos los cuerpos vivos en la tierra. Ahí estaba yo, palpitando y alucinando con todos. Callados, muy serenos. Mientras mi corazón se ahogaba como para dar principio a la vida.

LAS MEJORES PIERNAS...

Las mejores piernas en la casa las tenía yo. Eso me hicieron creer a fuerza de repetirlo mis tres hermanas y mi mamá. Cómo superar tanta sugestión. Así que la prescripción familiar me condenó a utilizar pantaloncillos cortos hasta los doce años de edad. Y montado en las ancas del caballo de mi papá, mis piernas al aire se paseaban orgullosamente. Un día, mi tío Indalecio todo lo echó a perder. El tenía un estanquillo donde mi padre me compraba dulces, refrescos y sorpresas en bolsitas que tenían por fuera pegadas las barajitas de la lotería. Montados en el caballo nos acercamos a comprar y dio en pellizcarme las gracias que Dios me dio. Tras un concilio familiar, los cortos fueron para la intimidad. Los usaba en la casa, en la calle jamás. Ahora soy un simple mortal, reprimido pero normal.

Siempre le tuve miedo a los truenos. Y a la luz de los relámpagos me ponía en sobreaviso. En mi pueblo, las tormentas transitaban con la lluvia abrazadas con el aire. Al acercarse me sobrecogían y, en impulso, buscaba la protección de mi madre. Ella, a su vez, disfrutaba mis temores.

Mi abuela, para alejar las tormentas, quemaba hojas de palma bendita y rezaba.

Truenos y relámpagos eran un espectáculo familiar que nos unía.

En una ocasión llegaron por la noche encontrándome solo con mi madre. Pasillo de por medio, esa vez, no tuve el valor de abandonar mi recámara, por lo que cubrí mi cabeza con la almohada toda esa eternidad. Cuando pasó la guerra celestial, el sudor y el agotamiento vencieron al insomnio y me dormí.

Cuando nos levantamos, muy preocupada mi madre me preguntó si acaso no había escuchado sus gritos de loca llamándome a su regazo. "No", le respondí, "y ya no tengo miedo". En el rostro de ella, me pareció ver la lucha entre la alegría y la tristeza.

Subían las llamas hasta el cielo y mis ojos de niño se entornaban alzando la barbilla, apuntando siempre a lo más alto. Las hojas secas encendidas, contagiaban entre sí sus chispas y al crujir recortaban las siluetas en la oscuridad. Concluía otro día...

La escoba y el rastrillo dejaban sus huellas en el suelo y yo apuraba un cerillo auxiliado con petróleo o un pedazo de papel.

Para mí era como desterrar fantasmas. Corría infatigable alrededor de la fogata como para incinerar mis ansias. En cada pieza que se quemaba sentía cómo se iban las penas, las tristezas, mis malos ratos; se marchaban hacia el infinito, hacia la nada, hacia el oscuro misterio de cuya identidad, aquello sólo era un umbral.

Agotado el ritual, caía desvanecido en mi lecho. Transcurría el éxtasis y horas más tarde, descubría el nocturno silencio de nuestro hogar. Miraba las estrellas y me llegaba una plenitud y cierta convicción de volver a revivir una remota experiencia de la cual no había más nada qué decir. Aquello era como la prolongación del primer fuego, al que ya nunca han podido apagar los hombres.

Contaba mi abuelo que, en una ocasión, coincidieron sin proponérselo mi tía Elena -en ese entonces soltera- y él -uniformado aduanal del puerto- en los asientos contiguos de un tranvía de Veracruz.

Transporte típico en su época, algo lento para nuestras prisas de hoy, pero cómodo y fresco para los climas cálidos. En aquella ocasión, un tipo impertinente y fogoso dio inicio al típico flirteo de la costa, para convencer a mi tía del más auténtico romanticismo como prueba del amor a primera vista. Mi abuelo hablaba fuerte cuando se enojaba, pero se contuvo.

Escuchó pacientemente todas las frases de aquel audaz casanova. Investido en su uniforme militar, su kepi y la pistola al cinto, aguardó hasta encontrar el momento oportuno para interrumpirlo, y con estruendosa voz le requirió a mi tía:

"Andale, hija, por qué no le haces caso a este caballero que parece tan honesto y trabajador, cabrón, hijo de la chingada" al tiempo que explotaba y lo amenazaba con la pistola, provocando el pavor y la huida del intruso. Mi abuelo reía a carcajadas cada vez que lo contaba y concluía: "ese pobre hombre iba tan asustado, que de seguro todavía debe traer los huevos en la nuca".

En el lavadero que se encontraba atrás de la casa de los abuelos, por largo tiempo nos acostumbramos a ver con mucha naturalidad un par de féretros de madera de cedro, sin barnizar. Abajo hacían su nido las gallinas y nosotros jugábamos alrededor. Había muchas macetas viejas con las hierbas de olor y un tulipán-clavel rojo encendido, que nunca dejó de florecer. Atrás estaban los árboles frutales y un canal de riego que tanto me gustaba visitar. Los dos ataúdes estaban hechos a la medida, pues para eso el abuelo había puesto mucho esmero para que "a la mera hora, no suceda que el muertito no quepa, que es lo más natural". Era un buen carpintero con conocimientos de ebanista, como un simple pasatiempo, pues era gente de campo y le gustaba sembrar. Aquel buen día que tomó la decisión de construir su mortaja y la de su mujer, a algunos nos hizo llorar. Pero nunca tanto como cuando se murió. Y efectivamente, de su féretro nadie se tuvo que ocupar ni preocupar.

Hoy, yo no sé dónde quedaron aquellas herramientas, porque ese oficio nunca lo aprendí. Si ahora, en cambio, con mis palabras pudiera hacerme una mortaja, superando los problemas que sabiamente mi abuelo resolvió con gran valor, las lanzaría todas al fuego y solamente utilizaría una: "adiós".

LA MUERTE DEL ABUELO

Mi abuelo murió en las vísperas de la Semana Santa. De acuerdo con nuestras tradiciones, después de sepultarlo, le ofrecimos un novenario en la casa vieja y lo terminamos el miércoles santo. En aquella época, radio y televisión interrumpían su diaria programación para transmitir temas y música religiosa, propiciando el recogimiento y la reflexión familiar, centrados en la crucifixión de Jesús. Estas circunstancias hicieron más doloroso y profundo nuestro luto. Mi abuelo se fue y me dejó una profunda tristeza. Muchas veces me recordaría en su regazo y después me lamentaría de ir olvidando todas sus enseñanzas y sus anécdotas.

Cuando me percaté de que jamás volvería, ya estaba en la soledad de mi cuarto y en la oscuridad de la noche. Mirando al cielo estrellado por mi ventana, lo buscaba sin encontrarlo. Mucho tiempo pensé que aún vagaba en el universo y que luego se me acercaba sin que yo me diera cuenta. Gracias a él siento que por primera vez me acerqué a Dios. Creo que hasta lo imaginé como una extensión. A él le recé fervientemente mis oraciones, noche tras noche sin faltar. Ya para cuando celebramos su "cabo de año", allá en la misma casa vieja donde vivió, como que me volvió una paz interior. Nadie despejó mis dudas porque a nadie conté mi secreto, pero a Dios nunca le he dejado de hablar.

ENCUENTRO CON EL BAILE

Mamá'enga le decíamos a nuestra abuela materna, porque en nuestro lenguaje infantil no podíamos pronunciar Mamá Negra. Murió en 1991 cuando contaba con ciento seis años de edad. Mestiza, heredó los rasgos blancos de su padre, quien fuera descendiente de españoles comerciantes en abarrotos. Pero el color de su piel lo debía seguramente a su abuela mulata y a sus ancestros esclavos que ocho décadas atrás apenas habían obtenido su libertad. Era alegre y bailadora. Nadie se explicaba por qué se pudo haber casado con el abuelo, pues era bastante serio y austero en sus alegrías.

"Hijo -me contaba- apenas escuchaba el arpa y las jaranas, tiraba el mandil por ahí y me salía corriendo a zapatear". Hablaba de sus tiempos de soltería, claro. Y entusiasmada concluía: "hubo veces que me pusieron hasta siete sombreros en la cabeza", señalándome con orgullo que esa era la forma de premiar su maestría en el baile popular.

Mi madre, que nació en 1912 y mi hermana Tere que fue la primogénita, heredaron buena parte de su alegría y fueron quienes me enseñaron a bailar el danzón, tan pronto como aprendí a caminar. Por eso, el baile "lo llevo en las venas", muy escondido en los genes de mi tercera raíz. A ellos debo mi alegría por la vida y por esa abundante tierra negra costeña en la que nací... al son del Son, y del Danzón.

DE AQUEL BASALTO...

De aquel basalto en forma de montura, asomaban sólo sus crestas que se protegían bajo la sombra de un frondoso almendro. Me pasaba ahí las mañanas y las tardes, partiendo las semillas del bondadoso árbol, que daba frutos todo el año. Un montón de arena, que había quedado como excedente de domésticas adecuaciones en la construcción de nuestro hogar, servía regularmente de nido a las lagartijas que se asoleaban y después corrían entre mis pies. Ocupado en mi diaria actividad, siempre estaba a la vista de mi madre, quien se asomaba de cuando en vez, por la ventana de la cocina. Era la orilla del camino y la gente que desfilaba se detenía a saludar "como es de educación". Nunca nadie que recuerde, se atrevió a remover tan milenaria montura. Muchos años después, circunstancias que ahora me parecen predestinadas, me acercaron a conocer algo sobre el sincretismo Yoruba. Las fuerzas de la naturaleza convertidas en deidades, se agolparon entonces en mis pensamientos para organizar el mundo de mis nostalgias. Ahora creo que Elégua habitaba ahí. Que ha llenado de energía todo mi cuerpo desde entonces, porque sería imposible negar que aquella noble roca no guardara una muestra de la fuerza cósmica de aquella gran explosión. Y que, para mi fortuna, se quedara en testimonio

EL HIMNO

y para siempre, en el patio de mi casa, ese gran peñasco convertido en mudo compañero de toda mi infancia. Con el tiempo, y estando tan lejos, aún recuerdo su extraordinaria majestad. Es por eso que otra piedra de menores dimensiones detiene la puerta de acceso en nuestro departamento. La gente no lo sabe y yo, sólo siento por ella un enorme respeto.

EL HIMNO

No. Yo no puedo cantar completo el Himno Nacional. Ni siquiera respirando con la técnica que el maestro nos aconsejó. El resultado siempre es el mismo. Una poderosa emoción se me sube a la garganta y casi me hace llorar. Será la historia de mis abuelos revolucionarios. O será el arraigado nacionalismo de las escuelas de los cincuentas que a la patria *"un soldado en cada hijo te dio"*.

Lo de mis abuelos es cierto. Los dos fueron agraristas y mi infancia la llenaron de anécdotas apasionantes, que ahora me lamento no recordar. Lucharon por un pedazo de tierra dónde vivir y trabajar. Ahora no todos lo entienden, aunque parece que ni falta hace.

Lo de la escuela es muy especial. Desde púrvulo hasta la secundaria, fueron diez años que me tocó ser el abanderado en la escolta. Obviamente, me llegué a sentir la prolongación del lábaro patrio y su más celoso guardián. Llevado hasta el éxtasis, disfrutaba al ver ondear con el viento aquel pedazo de tela tricolor *"legado de nuestros héroes"*.

Por una intensa emoción patriótica que lograron despertar, en esos momentos hasta me atrevería a *"exhalar en tus aras mi aliento, si el clarín con su bélico acento nos convoca a lidiar con valor"*. Fueron vivencias de un profundo significado

LA NORIA

gracias a aquellos maestros que nos hicieron desfilas como un verdadero ejército defensor de la soberanía nacional.

Años más tarde, cuando realizamos el servicio militar, curiosamente en el año de 1968, volví a ser abanderado y me lamenté de no haber iniciado una carrera militar.

Ahora, creo, ya ni siquiera formo parte de la tercera reserva del Servicio Militar Nacional, y no sé si me merezca *"un sepulcro... de honor"*.

LA NORIA

Un espejo, en el fondo de la noria, reflejaba los rostros de la familia. Ahí estaba siempre el verde cambiante de las hojas de mango y un cielo lleno de nubes como escenario. La cubeta subía llena y bajaba vacía en un ritual de todas horas. "Me voy a bañar" anunciaba, y del manantial subterráneo se alegraba conmigo la bondadosa y eternamente agua nuestra.

No puedo precisarles cuándo la fuerza de mis brazos venció la gravedad; pero desde su encuentro en el brocal, siempre se unían nuestras existencias en un breve pero muy intenso contacto.

Almacenada en un tanque inmediato, seguía cara al cielo reflejando imágenes en primitivo diálogo. Entonces, caían una a una nuestras prendas y tras las puertas de aquel improvisado cuarto de baño, un himno acompasado iba del tanque al bote, del bote al cuerpo, antes y después del jabón. Agua redentora, agua bautismal, cómplice y compañera de mi despertar a la sensualidad y a las eróticas entregas de la pubertad. A cielo abierto se escurrieron por mi cuerpo y seguramente se guardaron en lo más subterráneo del hogar. Después, la noria se enfermó de ausencia. Un hormiguero contaminó sus profundas playas. Herida por las lluvias y sus

MI ABUELA IRENE

inundaciones, siguió aguardando en su espejo oscurecido, nuestras miradas, nuestros encuentros con sus besos. Muriendo de soledad y mi abandono, merece esta promesa: que mis cenizas aguarden las primeras lluvias y que esparcidas por sus corrientes naveguen al encuentro del subsuelo; que se vuelvan espejo y que llenen de sensualidad las vidas, las raíces, los tallos, las hojas, las flores y los frutos. Con el color del amor de ayer y siempre que perfumó mi piel.

MI ABUELA IRENÉ

Mi abuela Irene mantuvo la fuerza de su carácter hasta el fin. Todos lamentamos aquella caída que la dejó inválida el último año de su vida. Y como ya nunca quiso salir de la casa que le dejó mi abuelo, mi padre tuvo que sacrificarse y pernoctar con ella, al cabo que ella era su madre. Sin embargo, con las visitas era muy atenta y platicadora. En su cama que era de latón dorado, siempre boca arriba. Las últimas veces que la vi, la arterioesclerosis llenaba de magia nuestras conversaciones. Una vez interrumpió nuestro diálogo levantando sus manos como asustando algo que tenía enfrente y me dijo: "Ay, hijo, esos hombres a caballo no me dejan dormir, porque vienen y rayan sus monturas enfrente de mí como queriendo asustarme... jamás lo conseguirán". Obviamente yo no sabía qué contestar y un escalofrío me sacudía brevemente. En otra ocasión, me dijo en voz baja: "Hijo, ese chamaco que está parado junto a la cama, siempre viene y se me queda mirando; no me dice nada y yo le digo que se vaya a su casa, pero no me hace caso. No me gusta porque siempre anda sucio y quién sabe de quién será". Nunca pude decirle que yo no veía nada, pero sus ideas me dejaban intranquilo por un buen rato. "¿Por qué no

puedo ver lo que ella me dice?", pensaba. Y en mi corazón crecía el temor y los deseos de incursionar en la fantasía de mi abuela Doña Irene.

Ahora sé que los caballerangos que se atrevían a llegar hasta el pie de su cama, fueron verdaderos y que llegaban desde los remotos paisajes de la Revolución que a ella le tocó vivir. Y sé también que aquel niño tenía una historia de sueños y juegos que no me quiso contar.

Al recordar aquel rincón oscuro en el cual se apagó mi abuela, abro para ella una ventana de palabras que, en forma atropellada, define a contraluz la parte de su mundo que, sin que yo me diera cuenta, me regaló como un collar que lentamente se rompe ahora en mi pecho, y va soltando al viento sus cuentas en mis sueños y en mis cuentos.

EN LOS ÚLTIMOS VEINTE DÍAS...

En los últimos veinte días tres veces me ha despertado la emoción de soñar con mi madre. Me intriga porque muy pronto se cumplirán cuatro años de su muerte.

En la nostalgia provocada por los sueños, me ha dado por reflexionar sobre estos poderosos vínculos que nos han unido aún antes de nacer y a pesar de su irremediable partida. Ella murió una semana después de que murió mi abuela. Entre ellas también hubo un poderoso vínculo que todos pudimos constatar a medida que juntas se fueron enfrentando a la vejez y a la enfermedad, entre otros aspectos dramáticos de nuestras vidas comunes.

Tales vínculos quizás sean la verdadera razón de nuestras vidas. Cada vez me siento más seguro de que mutuamente nos hemos soñado muchas veces y que, ante la bondad de las imágenes oníricas, resulta más cruel la falta de sincronía entre su existencia y la mía.

Con sus sueños, ella me vio crecer y luchar por sobrevivir; con los míos, yo la vi madurar y enfrentar todos sus acontecimientos con valentía. No estaré nunca seguro si me sigue soñando, pero por la fuerza de nuestros vínculos deberá ser casi imposible dejar de imaginarnos y de construir historias en otras dimensiones parecidas a las del sueño. Quizás por

eso no me angustia soñarla; lo disfruto. Y creo que todavía dialogamos.

Por eso estuve en nuestra antigua casa y me confió que ya no la estaba pasando tan bien. Que había tenido que deshacerse del rancho de mi abuelo y que lo que le estaban pagando no era suficiente. Y decidí quedarme todas las vacaciones con ella y se alegró. También la ayudé a cruzar un río de aguas transparentes y rocas blanquísimas.

Saltamos cercas alambradas que yo esquivaba sin sentir cansancio, ni humedad ni dolor.

Y anoche, en una historia que no recuerdo ni me importa tanto, ella regresaba de una larga ausencia y aunque por la emoción apenas alcanzaba a verla, me abrazaba tan fuerte a ella que casi me fundía con una mezcla indescriptible de ansiedad. Fue un sueño tan intenso que todavía siento la carga de afecto que me acompaña desde antes de nacer y a dondequiera que voy.

Tiempo cautivo se terminó de imprimir
en la Facultad de Artes Visuales
de la UANL el Verano de 1997.

El cuidado de la edición
estuvo a cargo del autor
y de Eligio Coronado.

1er. Tiraje: 1,000 ejemplares

El privilegio de la comunicación supera: el tiempo, el espacio, la realidad. Ser un profesional de la comunicación visual, el abordar textos visuales así como literarios con destreza y calidad colocan a Salvador Aburto como excelente enlace con las generaciones que nos toca convivir y orientar para la vida. Ojalá la vida nos permita permanecer en el grupo de servidores universitarios, distinguidos siempre por su compromiso con el arte y por ende con la sociedad misma.

Mario Armendáriz Velázquez

Salvador Aburto Morales

Nació en Toluca, "un pueblito que no aparece en el mapa" del estado de Veracruz, en el año de 1948. En los últimos cinco años ha transitado de su primer oficio periodístico a los umbrales del quehacer literario a través de los talleres universitarios. Alumno de Artes Visuales en los años setenta, ha sido maestro desde 1979. Escribe esta su primer publicación literaria por dos motivos: personales, en el campo afectivo; e institucionales, para explorar el mundo de las imágenes a través de la palabra mirándonos en nuestra propia historia.